

“

**Jesús
Fernández-
Villaverde**

ESTE CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE PENNSYLVANIA ES UNO DE NUESTROS ECONOMISTAS MÁS BRILLANTES, PERO TAMBIÉN UNO DE LOS MÁS POLÉMICOS Y POLÍTICAMENTE INCORRECTOS. TIENE FAMA DE DERECHISTA, PERO EN EL PARTIDO POPULAR NO PUEDEN VERLO. Y TIENE FAMA DE NEOLIBERAL, PERO LOS AUSTRIACOS LO CONSIDERAN UN PELIGROSO SOCIALISTA. ÉL PREFIERE DEFINIRSE A SÍ MISMO COMO “MODERADO”. JUZGUEN USTEDES MISMOS

**“El estado
de bienes-
tar es un
cáncer”**






POR
MIGUEL ORS VILLAREJO
FOTOGRAFÍAS DE
JAVI MARTÍNEZ

Hay un hilo conductor en la conversación que mantengo con Jesús Fernández-Villaverde (Madrid, 1972) en la **Fundación** Rafael del Pino: la aversión española a la excelencia. Vivimos en un país donde el esfuerzo no solo no se fomenta, sino que se persigue. Fernández-Villaverde ha intentado montar una facultad de derecho a la americana. “No íbamos a ser nunca Oxford”, me cuenta, “pero decidimos copiar su plan de estudios, promocionar a los profesores como ellos y seleccionar a los

mejores alumnos, y nos hemos encontrado con una resistencia demencial por parte de la Administración. Es inconcebible que un funcionario me diga cómo tengo que llevar una universidad. He enseñado en Oxford, en Princeton, en Harvard, en Yale, en Penn. ¿No sé dar clase?”

¿Y a qué atribuye esa resistencia?, le digo.

“Protección de rentas”, responde sin dudarlo: el establecimiento defiende su cortijo de posibles competidores. Y por supuesto el igualitarismo. “Nos han dicho que el programa es muy difícil”. Hace una pausa, arquea las cejas teatralmente y sigue: “Me parece lógico que se controle que un grado oficial 



El pecado de las tecnológicas es que tienen beneficios y los políticos van a por ellas, como antes iban a por las siderúrgicas”

“¿Pagan solo el 7% en impuestos? Yo siempre he creído que el tipo ideal en sociedades es el 0%, así que ya me parece mucho”

“La competencia electoral obliga a ofrecer cada vez más y, cuando el dinero se agota, ¿de dónde se saca? De donde lo hay: de los bancos, de Google, de Facebook...”

Jesús Fernández-Villaverde

tenga un mínimo de calidad, pero ¡un máximo! Es como si te dijeran que para ingresar en la academia militar no puedes correr los 1.000 metros en más de tres minutos, pero tampoco en menos de dos y medio, porque si no ¡pobrecitos los demás!”

En este contexto parece absurdo preguntarle por qué se fue a Filadelfia, pero yo voy y se lo pregunto. Me dice (y le creo) que en tercero de carrera se dio cuenta de que “sabía más que mis profesores” y, cuando en 1996 terminó la doble licenciatura en derecho y empresariales de Icade, se fue a cursar el doctorado a Estados Unidos. ¿Y no se plantea regresar? “Llevo tanto tiem-

po allí... Además, mi mujer es americana y me dice que la tortilla de patata y el jamón ibérico están muy bien, pero para un rato. Finalmente, en España hay un tema con los salarios. Nos parece normal que el Madrid pague millones a su entrenador, porque de otro modo no ganaría la Champions. ¿Por qué no se comprende que para tener buenos investigadores hay que pagarles bien? Es más importante tener grandes oncólogos o grandes físicos que grandes entrenadores”.

Pregunta. Pues esa alergia a las élites se ha exacerbado con la crisis.

Respuesta. El ejemplo del fútbol es iluminador. La gente acepta que Cristiano Ronaldo cobre más que otros delanteros porque ve que mete más goles. Sus méritos saltan a la vista, pero estos no son tan obvios en otros ámbitos, donde los mercados no funcionan y los recursos se asignan a través del Boletín Oficial del Estado o por enchufe. Si un señor es consejero delegado porque es hijo del dueño de la empresa, ¿por qué va a ganar más?

P. Pero todo no se puede dejar en manos del mercado...

R. Muchas cosas sí. Le voy a poner un ejemplo. Hace poco, los departamentos de Economía y Ciencia Política de la Universidad de Pennsylvania nos mudamos al mismo edificio. Había que repartir los despachos y, claro, no es lo mismo uno que tiene sol por la mañana que otro que recibe unos pálidos rayitos a la caída de la tarde. ¿Qué hicimos los de Economía? Consultamos a un especialista en mercados no monetarios y nos sugirió el siguiente método: se sortean las oficinas y luego se organiza un mercado para que se lleven a cabo transacciones: yo te doy tantos dólares y, a cambio, tú me cedes tu sitio... Seguimos su consejo, celebramos la lotería, abrimos la negociación y, al cabo de poco tiempo, el mercado se había vaciado y todos tan contentos: a mí me da igual el espacio, todos mis libros son electrónicos, prefiero tener luz natural a primera hora, pero otros querían metros y los tuvieron... Los de Ciencia Política dijeron: “Esas no son maneras, la distribución debe realizarse atendiendo a criterios de justicia”, y elaboraron una escala de méritos: por cada año que se ha sido catedrático, un punto; por cada año que se ha dirigido un departamento, otro punto; por cada curso introductorio impartido, medio punto... El que terminaba con una puntuación alta estaba en-

cantado, pero el resto empezó a protestar: ‘Hombre, dar un curso introductorio es muy difícil, ¿por qué vale menos? Y no se ha tenido en cuenta a los que dirigimos tesis’. La cosa se envenenó y, después de cuatro meses de discusiones y de cruzarse 5.000 correos, los politólogos se odiaban tanto que el decano creó una comisión para zanjar la disputa. Si alguien necesita una prueba de cómo los mercados funcionan, ahí la tiene.

P. Pero también generan desigualdad. En Estados Unidos se ha desbocado.

R. Estoy de acuerdo en que la desigualdad ha aumentado, pero es discutible que la culpa sea del mercado. Estados Unidos ha crecido tradicionalmente moviendo gente de un lado a otro. La migración más reciente es la que ha experimentado California. Allí ha habido que acomodar a 10 millones de personas, pero sus ciudades han entorpecido la promoción de viviendas y su precio se ha disparado. Así que una generación de propietarios se ha enriquecido de manera brutal, porque la casa que compró por 200.000 dólares actuales vale tres millones. Esto genera desigualdad, ¿y quién es el responsable? ¿El mercado? No, la regulación. Y luego está la educación. Muchos jóvenes terminan en el paro o con contratos basura porque carecen de los conocimientos que demandan las empresas modernas. Los colegios y los institutos públicos, que es donde el 95% estudian, son un desastre. ¿Por qué? Porque están en manos de unos sindicatos que son lo peor de lo peor. Así que la desigualdad ha crecido, pero no por exceso de libertad sino de regulación. Lo que pasa es que es más fácil echar la culpa a las tecnológicas.

P. Es llamativa esta demonización de las tecnológicas por parte de la izquierda. Se supone que está a favor de la innovación y el desarrollo.

R. Algunas de las críticas están justificadas. Facebook o Google se parecen más a Red Eléctrica que a Seat. Hay indicios de que podrían ser monopolios naturales, en cuyo caso no se les estaría aplicando el marco legal adecuado. También se ha descuidado la defensa de la competencia y algunas tecnológicas han abusado de su posición de dominio. Dicho esto, el móvil fundamental de esta campaña es otro: la obsesión por redistribuir. Hay que ir a por quien tiene dinero. Hace medio siglo era la siderurgia, luego fue la banca y ahora son las tecnológicas.

P. Lo que se les critica es que pagan menos impuestos que otras compañías. Hasta Cristóbal Montoro denunció que su tipo efectivo era el 7%, cuando el general es el 25%.

R. Yo siempre he pensado que el tipo óptimo en sociedades es el 0%, de modo que si pagan el 7% ya me parece excesivo.

P. ¿Y cómo se financia el estado de bienestar?

R. Con un impuesto sobre el consumo. La izquierda admira a los nórdicos y olvida que tienen los mercados más abiertos y competitivos y aplican un IVA del 25% a todos los productos. Es decir, primero maximizan el tamaño del pastel y después cogen una cuarta parte para hacer política social. Ese es el camino, que toda la tributación sea prácticamente indirecta, así se acabaría con el agravio entre Seat y Google... Pero no nos engañemos, ese no es el problema. El problema es que el estado de bienestar se ha convertido en un cáncer, un tumor que crece sin descanso y se come todo lo que encuentra a su paso.

P. ¿El estado de bienestar es un cáncer? Pero hacen falta instituciones, policía, carreteras...

R. Por supuesto. Los liberales clásicos creemos que el Estado cumple tres funciones. La primera es crear las condiciones de seguridad y justicia que permitan a los agentes interactuar. La segunda es suministrar bienes públicos que los particulares no proveen, como puertos y faros. Finalmente, debe desempeñar un papel en la sanidad y la educación. ¿Y cuánto cuesta eso? Yo soy moderado y creo que entre el 25% y el 30% del PIB. Otros más aventureros lo rebajan al 20% o el 15%, pero en ningún caso es el 50%. En Occidente hemos entrado en una dinámica muy peligrosa, porque la competición política obliga a ofrecer cada vez más y el estado de bienestar crece y crece y se lo come todo.

P. ¿Qué se come?

R. La defensa. Europa no tiene ejército porque no hemos gastado los fondos para sufragarlo. En California les ha pasado lo mismo con los bomberos: los incendios forestales van a más porque no hay grupos de electores que presionen para frenarlos y, si los profesores piden un 2% más, se les quita a los bomberos. En España suben las prestaciones a los pensionistas porque de lo contrario votan a otro y, cuando el dinero se agota, ¿de dónde se saca? De la banca y de las tecnológicas.